

La luz que alumbra

POR EDUARDO J. PADRÓN

Presidente del Miami Dade College

Pensé traer, otra vez, a colocación el tema de la proliferación de armas de asalto en nuestros vecindarios y de la lamentable, y yo diría inevitable, persistencia de la violencia en nuestros medios de comunicación.

Entonces fue cuando hice un giro en U en la carretera de mis reflexiones y llegué a una conclusión sencilla pero satisfactoria a mi entender: en apenas cinco días comienza el trigésimo Festival Internacional de Cine de Miami, nos volvemos la capital cinematográfica del mundo, y, aunque ya había escrito una columna previa sobre el tema, creo que vale la pena volver sobre el mismo, aprovechando que el equipo de colegas que hacen posible el evento en Miami Dade College han tenido la amabilidad de ponerme al día de todo el esplendor de emociones que nos aguarda frente a la gran pantalla.

Solamente el don de la ubicuidad, que es algo divino y no dado a nosotros simples mortales, pudiera permitir que disfrutemos alguna cifra cercana a las 117 películas que trae el Festival con todos los géneros inimaginables en su espléndido contenido.



Creo que para disfrutar este privilegio anual de ver el séptimo arte que luego no se presentará en los circuitos comerciales o lo hará de manera tardía o limitada, es hacernos un plan desde temprano. La dirección electrónica del Festival resulta bastante explícita en cuanto a títulos, sinopsis y repartos de los filmes programados: www.miamifilmfestival.com

En principio recuerden que el evento cuenta con sedes que cubren buena parte de nuestro amplio y atribulado Condado y digo atribulado porque ya estamos en una lista negra de ciudades norteamericanas congestio-

nadas por el tráfico.

Pues bien el templo del Festival es el precioso Teatro Gusman en el downtown; luego está el popular Regal en la Playa; en la Pequeña Habana, nuestra gema de cine de arte, el Teatro Tower y en Coral Gables el Art Cinema. También hay funciones en el O Cinema del noreste de la ciudad y la Cinemateca de Miami Beach.

Yo, por ejemplo, voy a tratar de no perderme la más reciente obra de un amigo del Festival, Fernando Trueba, a quien rendimos tributo este año junto a otro grande Lasse Hallström. Él llega con El artista y la modelo, al parecer toda una disquisición sobre la creación artística en el ocaso de la vida que ha recibido buenas críticas y la acogida del público en Europa.

Voy a volar en alas de la nostalgia porque se reestrena El Super, de León Ichaso y Orlando Jiménez Leal en una copia minuciosamente restaurada, o sea que la vamos a ver igual o mejor que cuando se mostró por primera vez en 1979. Verdadero acontecimiento sobre la mejor película hecha por el exilio cubano, según afirman los conocedores.

Y por supuesto, quiero aprender cómo un referéndum terminó por sacar del poder a un dic-

tador suramericano en el filme No, de Pablo Larraín. Tal vez sea una lección que convenga tener en cuenta para el futuro casi siempre convulso de nuestro traspatio.

He leído, por ejemplo, que la película Melaza pone al cine independiente cubano a nivel internacional. Una historia muy dramática, bien contada y mejor actuada que parece dejar un recuerdo impercedero sobre los avatares que sufre el ciudadano de a pie en la isla.

Ricardo Darín, el gran actor argentino a quien tuvimos como invitado en un Festival anterior, ahora regresa en dos películas muy populares, Elefante blanco de Pablo Trapero y Una pistola en cada mano del español Cesc Gay, donde comparte roles con Luis Tosar, otro grande de la actuación.

Ahora me he dado cuenta que sobrepasé el espacio que tan amablemente la dirección del Diario... me dispensa para esta columna. No la quiero terminar abruptamente pero tampoco es mi deseo que se pierdan la fiesta del cine que se nos viene encima.

Comiencen sus planes cuanto antes, muchas de las funciones se venden rápido y hablando de cine, recuerden que la luz delante es la que alumbra.